La Condolencia de Cristián Rodríguez

Nueva York, 14 de noviembre de 1958.

Mis queridos amigos, doña Celia y Eugenio:

Me ha maltratado tanto la infausta noticia de la pérdida que Uds. y todo el país han tenido con la desaparición de Don Joaquín, que he tenido materialmente paralizada la voluntad. Una amiga muy dilecta, que me escribió hace algunas semanas y que lo era también de nuestro Don Joaquín, en contestación a una manifestación de pésame me decía que tenía la impresión de «que todas las personas del drama habían hecho su último mutis», y que los que sobrevivimos lo hacemos por tolerancia del destino. Eso me dió mucho que pensar, porque en efecto gran parte de las personas que hemos querido más y respetado más se han ausentado para siempre. Sin embargo, no sé porqué— quizás por considerarlo parte integrante de lo más íntimo del país, sin quien casi es inconcebible la patria--no pensé en Don Joaquín. Y ahora se ha ido también, cuando todavía podía habernos acompañado unos dos o tres lustros más. En la impresión de los que hemos sido sus amigos, Don Joaquín tenía *dos* edades naturales. Como comenzó a figurar desde edad muy temprana teníamos al principio la impresión de que era un hombre de edad muy madura cuando lo conocimos. En mi caso, sabía mucho de él desde que cursaba en Liberia, en 1909, el Quinto Grado. Tendría Don Joaquín entonces escasos 28 años, y sin embargo era un nombre familiar en todos los ámbitos del país, y su fama la habían esparcido no sólo los maestros que estudiaron en San José y lo habían conocido personalmente y disfrutado de sus consejos y del aliento de su comunicativo entusiasmo, sino que había trascendido al gran público, que acaso sabía poco de sus méritos intrínsecos, pero para el que la armoniosa y singular combinación de esos dos apellidos -- García Monge — tenía un mágico atractivo. Precisamente en algunos de los escritos periodísticos míos que andan por ahí regados, que apareció por ahí de 1950, recordaba cómo mi cariño por las letras, en la infancia, fué inspirado indirectamente por Don Joaquín.

Mi maestro de Quinto Grado, Edgardo Baltodano Briceño, era un fiel devoto de Don Joaquín, porque como estudiante de la Sección Normal del Liceo de Costa Rica había aprendido Pedagogía y estudiado Literatura bajo su dirección. Pues bien, ese maestro, Baltodano, tuvo la buena ocurrencia de prescindir de la rigidez de los programas oficiales, según los cuales el Castellano, más que aprenderse debía inventarse mediante los escasos recursos del propio alumno, escribiendo composiciones sin sentido. Tan arbitrarias eran esas tareas que llegamos hasta ver con temor los «paseos escolares al campo», porque sabíamos que después del placer de que pudiéramos disfrutar de esa manera venía el ineludible castigo, que lo era en verdad, de tener que escribir una composición sobre el paseo, sin que nadie haya podido determinar qué beneficio puede sacar un muchacho con esa clase de ejercicios. Edgardo limitó esos suplicios a lo indispensable para decir que acataba los programas, y lo que hacía en cambio era leernos de los libros que le había recomendado Don Joaquín, y uno de ellos, que mucho nos deleitaba, era «El Libro de las Tierras Vírgenes» (traducción de «The Jungle», de Kipling). Recuerdo que un día, ante la expectación que había creado su práctica de leernos en voz alta, sacó de la gaveta un tomito encuadernado y nos leyó la Historia del Príncipe Feliz, de Oscar Wilde, admirablemente traducido al español. Algunos curiosos nos acercamos a la mesá del maestro y supimos por primera vez qué era una revista literaria. El cuento se había reproducido en un tomito de la Colección Ariel, una de las labores más fecundas de Don Joaquín, y fué así como aprendimos que había en San José un señor que hacía revistas y se llamaba J. García Monge. Ojeando el tomito vi, y lo recuerdo como si lo estuviera viendo, el retrato de un viejo de amplia frente y largas barbas, con ojos de hipnotizador, vestido con un traje muy extraño. Era el Conde León Tolstoi, uno de los genios literarios que admiraba mucho Don Joaquín y que, en cierto modo, fué quien lo dió a conocer en el país. Nunca he podido volver a leer el cuento del Príncipe Feliz en español, y a pesar de que de eso hace 49 años, tan hondo efecto produjo ese cuento en mi imaginación que todavía recuerdo frases enteras de la traducción, con sólo una vez que escuchamos leer esta joya literaria. Por supuesto, después he leído el cuento muchas veces en inglés y he podido así gustar de la belleza de esa prosa rítmica. Hace dos años, como regalo de cumpleaños, me compré yo mismo un disco de ese cuento, recitado por el notable actor inglés Basil Rathbone. Y cada vez que leo o escucho ese cuento de Oscar Wilde pienso en mi gran amigo, que también me hizo conocer a Ruskin y a tantos otros de los autores que más me satisfacen.

No puedo resignarme ni puedo escribir más por ahora, porque a pesar del esfuerzo que hago por sobreponerme los ojos se me empreñan de lágrimas.

Los abraza entre tanto este desconsolado amigo y en este recuerdo cariñoso me acompañan Marta, Manuel y mi suegra.

CRISTIÁN

La Razón de una Encuesta

. . . Al mismo tiempo, el Consejo (Universitario) comentó la importancia que para el buen nombre del país y, en general, para la cultura de América, tendría el que no se interrumpiera la publicación de «El Repertorio Americano», y acordó proponerles a su señora madre y a usted la siguiente idea:

La Universidad estaría dispuesta, mediante los arreglos que ustedes juzgasen convenientes, a hacerse cargo de la publicación y la dirección de «El Repertorio Americano», manteniendo para el mismo la línea de absoluta libertad para todas las ideas que le imprimiera el recordado don Joaquín.

De convenir ustedes en un arreglo de ese tipo, la Universidad organizaría en la forma más adecuada posible la dirección y publicación de «El Repertorio», confiándolas a catedráticos y escritores de alto renombre; y procuraría ponerse en contacto con todos los suscritores y colaboradores de la publicación, explicándoles su nuevo status, y el deseo de la Universidad de Costa Rica de hacer del nuevo «Repertorio Americano» una fiel continuación del fundado y con tanto cariño mantenido por largos años por el Profesor García Monge.

(De una carta del Sr. Rector de la Universidad de Costa Rica, Lic. Rodrigo Facio).

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "